

SERIAN las tres del amanecer cuando se separaron los cuatro amigos en la puerta del "Pop's Club", en Golden Square, a dos pasos de Piccadilly Circus. Había sido una juerga fenomenal, "de esas que hacen época", como decía el Capitán Torres, uno de los asistentes, la que venía de tener lugar con motivo de la designación de Ataché Aéreo en Italia que acababan de notificarle por cable a Justo Molina.

Cuanto champagne y cuanto whisky se había bebido, no era fácil en tales instantes precisarlo. Lo que había de positivo era que los cuatro amigos y las dos muchachas que los acompañaban, estaban total y ostensiblemente borrachos.

Era una noche londinense típica de mediados de enero, con un frío húmedo que amantaba las narices y una neblina espesa y fina que empañaba las luces de la calle y los vidrios de los automóviles.

Las dos chicas inglesas, dos "dancers-girls" del Club, se cogieron del brazo de sus respectivos amigos.

—Halo boys... Good night... Till to-morrow...!

Los taxis se acercaban hasta el borde de la calzada, ofreciéndoles la blandura de sus asientos tibios y acogedores.

En un coche subió Torres con su gringa, una rubia muy "bang-faces" cuyas facciones de impecable pureza, contrastaban brutalmente con sus modos desenfadosos y con las obscenidades que solía decir en medio de la mayor naturalidad.

En otro coche se embarcó Molina, el festejado, un aviador argentino, cantor y bailarín de tangos, con su amiga de más de un año de aventuras, una escocesa alta y morena que, por el brillo de sus ojos oscuros y los bandos de su peinado liso, más parecía arrancada a un cuadro de Romero de Torres, que nacida en los suburbios brumosos de Edimburgo.

Quedaron en la puerta del Club el pintor Gamarra, un colombiano de fantásticas riquezas y el estudiante griego Demetrio Propoulos, del Trinity College de Oxford.

Encendió el colombiano un cigarrillo y luego, echándose en el fondo del primer auto que se le ofrecía, invitó al griego.

—En, tú... hijo de Papafico... de Minería, te viene al Hotel inmediato... Si te quedas cinco minutos más en ese sitio, vas a curar a todos los choferes de taxis londinenses, en diez cuadras a la redonda. Te traes una parafina en el aliento...!

—Eso crees tú, salvaje tropical... Ignoras que el alcohol, al través de mí, se sublima y se transforma en espíritu...!

—Siento que el divino Apolo bate sus alas en mi frente. Yo soy el último heredero de los Dioses. Las Musas del Olimpo me reverencian...!

—Si... Tienes razón, dijo Gamarra, saltando del auto con la agilidad que su estado se lo permitía. Ahí viene un coro de Musas, más no del Olimpo, sino del "Olympic Club".

—Vete tú solo, tórico encendido, zona torrida. Anda y ofícia tus ritos profanos y selváticos... Abrazalas... Besalas... Besalas a todas en tu nombre y en el tío...!

El grupo de buscadoras de amor, recibía con grandes carcajadas y muestras de afecto al artista, que sacaba del bolsillo de su gabán una pequeña botellita plateada de la cual todas querían beber.

Luego cruzaron la plazoleta riendo de los versos que Gamarra les declamaba y se perdieron en la sombra... —mi carne han macerado con manos fabulosas.

—uno po rimo cada pecado capital... Fue lo último que se oyó como un eco que hubiera quedado prendido entre las ramas deshojadas de los árboles.

Quedó Propoulos solo frente a la puerta del Club, alzado el cuello del abrigo negro y envuelto el rostro hasta los ojos en la blanca bufanda de seda.

Vacilaba entre tomar del lado de Piccadilly Circus o bien hacia Strathbury Street.

—El señor haría bien en irse a casa esta noche, exclamó acercándosele el portero del Club, un gigante rubio de Lan-zaster... To-night is an awfully night... Very, very foggy...!

—Oh... Tú enorme súbdito británico, tú, ¿qué sabes? Tú no puedes comprender el espíritu de un griego. Dime, ¿conoces tu, acaso, la Hélide... la Hélide inmortal...?

Echó mano al bolsillo de su frac y arrojó algunos chelines en la diestra del inglés.

—Eucno, viejo... Será hasta mañana... Hazme el favor de decirle a Doris, que vendré a las siete a buscarla para ir al Tivoli... La llevaré a comer a Cyro's... ¿Verdad que es una buena muchacha...?

—Oh, yes Sir... Thankyou very much Sir... Good night Sir...!

Los choferes se ofrecían insistentes, abriendo la portezuela de sus coches... Taxi, Sir...! Taxi, Sir...!

—Atrás todos...! Bárbaros del norte...! Un griego camina a pie. Soy el último peripatético. La sombra de Platón me acompaña...!

Comenzó a andar, tambaleándose, a lo largo de la plazoleta, dobló una esquina y siguió su solitaria marcha.

A través las calles centrales, pasó por Charin-Cross, estaciones de Under Ground y de Ferrocarriles.

Luego se dio cuenta de que cruzaba por tortuosas calles de la City. Llegó a un puente. Abajo el río pasaba ancho y correntoso. De vez en cuando surgía de la niebla el farol rojo de una chata carbonera, o un remolcador zozobado con su silbido la entrada espesa de la noche.

Continuó su marcha vacilante, pero lleno de una extraña energía que lo impulsaba a caminar sin descanso. Llegaba a los muelles y atracaderos del puerto, abajo, muy abajo sobre el Támesis. Ni una sombra se cruzaba en su camino. Seguía su marcha. Anduvo muchas cuadras más.

—¿Cuántas...? Después de un largo rato de caminar sin detenerse, se encontró junto a la verja húmeda de una especie de pequeño parque semi abandonado. En sus cuatro años de londinense, no recordaba haber pasado jamás por un sitio como éste.

—Un profundo silencio lo envolvía. Le parecía que el otro lado de la verja había un gran charco de agua y no se atrevió a pasar. Además, empezaba a sentir un cansancio invencible y el sopor alcohólico le daba terriblemente sobre sus párpados.

—En buena me he metido... ¿Cómo me voy ahora el camino de mi Hotel...? No se divisa un policeman ni por bromas.

Se apovó contra la verja, sacó su pitillera de oro y encendió un cigarrillo mientras se decidía a tomar una determinación. De pronto, como si hubiera surgido de la llama, una voz femenina habló en su oído.



LA EXTRAÑA AVENTURA DEL ESTUDIANTE PROPOULOS

Por Juan Larín

—¡No! gritó. Tú tales de aquí. No puedes engañarme de te modo. No me engañarás. No. ¿Qué has creído? Además y aquí bajo la voz, haciéndola trémula y misteriosa — además, "El" está por llegar. ¡Y si me encuentra sola... me matará! En cambio, si estás tú, entonces... —¡Eh! ¿Qué es eso! Con qué tonterías me vienes. ¿De quién me hablas? Yo no he engañado a nadie. ¡Ahí tienes! Van cinco libras. ¿Ganaste alguna vez esa tarifa cuando tenías dieciocho años? ¡Vamos, vieja bruja, déjame salir!... —No. No saldrás. —Deme la llave de esa puerta, o si no te rompo el alma, vieja borracha.

—Te digo que no saldrás. —Tengo Promoulo un momento de pesadilla, no saldré ni tomar en serio o pelear a la broma. — media que le obligaba a reír.

—¿Quién...? quien me hablas guntó irriado.

—¿Que sabes lo conoces, ni corás nunca. ¿es? Acuéstate. tate. Bebe ot de whisky.

—Te digo salir aunque partite la ja bruja, el muchacho

—¿Qué dices? me dose hacia la puerta

—Rápida, con agilidad de mono, la mujer se abalanzó sobre la lámpara y la apagó. Después, en la sombra, sintió Propoulos que dos brazos robustos, de extraordinaria fuerza, apretaban como tenazas su cuerpo.

—Una especie de alarido contenido, que casi era un sollozo, escapaba de la garganta enronquecida del monstruo.

Luchando, derribó la mesa, se tumbó sobre el lecho y el abrazo mortal de ella parecía tener a través la voluptuosidad de un nudo de lujo.

—Su boca buscaba la de él, sin que él advinara si quería norderlo ferocemente, arrancarle los labios o succionarle el alma con un beso de vampiro.

—¿Cuánto rato duró aquella feroz lucha a muerte?

Los brazos de hierro apretaban cada vez con más fuerza y el muchacho empezaba a sentir la angustia espantosa de una montaña sobre su corazón.

—Suéltame. No puedo más. No pueee... Sintió que se desvanecía. Las venas del cuello, las de la frente, los ojos, parecían que iban a estallar.

—No pudo hablar más. La boca espesa, húmeda, babeante de la mujer se ajustó sobre la suya como una ventosa...

A las 7 de la mañana de ese día, un policeman encontró al estudiante griego Demetrio Propoulos tendido sobre el pavimento a la entrada del Sallor's Park, en el fondo de la White-Chapel, al final de Commercial Road.

Vestía frac, abrigo negro y bufanda de seda blanca arrollada al cuello.

Conducido a la estación de policía más cercana, el médico formuló como único diagnóstico un estado de embriaguez sobregado y algunas contusiones y magulladuras provenientes, al parecer, de algún pugilato nocturno.

En sus bolsillos encontraron los documentos que acreditaban su identidad, y una vez averiguado su domicilio y su calidad de Agregado a la Legación de Grecia, se avisó al hotel para que alguien fuera a buscarlo.

Despertaron a Torres, a Molina y a Gamarra, que dormían profundamente los efectos de la descomunal juerga de la noche.

El primero en saber la noticia fue Torres, que salió como un loco a despertar a los zamaradas.

—Hombre, no sabes, al griego lo tienen preso... Parece que está herido. Hay que ir a buscarlo.

Alarmadísimo salieron los tres amigos en un taxi y después de una hora de fatigosa carrera al través de las avenidas del centro, cruzando los dockyards, pasando el laberinto de la City, las callejuelas de judíos y tabernas de marineros, llegaron a la estación de policía del distrito.

Propoulos estaba todavía allí sin reconocer el conocimiento.

Registraron su cartera y la encontraron repleta de billetes.

Las perlas de su camisa no habían sido tocadas. El reloj y la finísima cadena de oro con las medallas ganadas en torneos deportivos, allí en los bolsillos del chaleco blanco. La pitillera de oro, todo en su bolsillo.

Sólo las manos y la cara presentaban las huellas de una lucha salvaje, lucha a muerte, con mordeduras y sangrados.

Los labios mordidos y sangrantes aparecían hinchados y llenos de desgarraduras. Condujeron al amigo al hotel, allí en el

Bebieron varias copas en silencio.

Los ojillos de ella brillaban con raro fulgor.

Propoulos comenzaba a despertar al influjo del alcohol, como quien vuelve de un sueño. Su conciencia salía lentamente del marasmo y empezaba a raciocinar de nuevo.

Miró el reloj de "cuco" que había sobre el velador... Eran las cuatro y media de la mañana.

—Bueno, vieja querida, dijo y se incorporó golpeándole cariñosamente una mejilla... Es hora de irse a casa.

—¿Cómo? ¿Ire a casa ahora? ¿Así engañías a una pobre mujer que no hace más que quererte?

Lo abrazó sentándolo sobre sus rodillas, zalamera.

—¿Verdad chiquillo que no te irás? Ven. Yo te abrigaré. ¡Qué noche tan fría! Vas a dormir con un angelito... Yo velaré tu sueño... Yo me quedaré aquí sentadita.

Una vez que entraron volvió a cerrar con llave por dentro.

Era un dormitorio sucio y destaralado, con una silla frente a una mesa en la que había una lámpara de parafina, y una cama de ropas grisáceas sobre un catre de fierro.

—Anda, quitate el abrigo. Te daré whisky; ¡dame una libra!

Alargó el griego su mano con un puñado de chelines.

Del fondo de un mueble, que bien pudiera ser un estante o un lavabo, sacó ella una botella medio vacía y llenó las dos copas.

—¡Cheery-oh...! —¡Cheery-oooh!

El whisky apestaba tremendamente a parafina y a madera seca. Era un licor de infima categoría que bajaba ardiendo a lo largo del esófago. En la semipenumbra rojiza veía Propoulos ahora a su compañera de la noche.

—Verás, verás qué bien vamos a pasar... Ja... Ja... Ja... ¿Llévase dinero? Tú debes ser un hombre muy rico... ¿verdad? —¿Yo? Yo soy el heredero de Azurbanibal de Babilonia... Ja... Ja...!

A medida que caminaban, parecían hundirse en una ciudad muerta y sin ruidos. De trecho en trecho un farol mortecino dejaba ver un trozo de muro negro y herrumboso.

Ni un alma transaba en ese sector alucinante que parecía un aguafuerte de Dürero o un paisaje de Boeckling, la "Isle de los Muertos".

Cruzaron una línea de tranvías eléctricos, de los cual dedujo confusamente Propoulos, que debían estar en los extramuros de la ciudad.

El cansancio y el sueño se acentuaban en él. Caminaba llevado, sostenido, por el brazo firme y musculoso de su compañera.

Llegaron a una casa de apariencias exclamación iguales a las de cualquier casa inglesa, en cualquier ciudad y en muchas cuadras a la redonda. No se habría podido distinguir de la del lado, sino por el número.

—Anda, muchacho...! No, por all no...! ¡Es acá... Tienes que bajar estos tramos! La mujer empujaba a Propoulos hacia una escalera subterránea como las de servicio de las casas.

la niña Corife que los sátiros raptaron en la noche de Walpurgis... —Anda, buemmozo, déjate de decir tonterías y vamos andando.

Lo envolvió ella tomándose de su brazo, mientras con la otra mano agitaba en el aire su paraguas.

—¿Cómo te llamas, precioso?—dijo insinuante.

—Yo soy Dálico, el discípulo predilecto de Platón. Yo vengo fugado de Eleusis. Yo soy... —Oh...! Cállate. Dejarás alguna vez de hablar en ese tono... Me aburres con tanta palabra que yo no entiendo...! ¿Qué? ¿Eres italiano...?

—¿Yo, italiano...? Demonios...! ¿Pero quién eres tú, entonces, mujer inferior e infecta, que no comprendes el divino idioma de los inmortales, la lengua de Homero, la que... —Acercó su rostro al de ella para mirarla. Una bufanda de colores escoceses, sucia y deshinchada, le cubría la cara, no dejando más que los ojos al descubierto; dos ojos chicos y redondos, sin pestañas y lacrimosos... Un mechón de pelo rojo y espeso asomaba bajo la boina de lana azul marino. Era una mujer baja, algo gorda y de andar muy rápido y liviano. Llevaba los vestidos cortísimos, casi por encima de las rodillas y las piernas, delgadas, se veían forradas en medias de lana a cuadros.

La extraña aventura del estudiante Proppoulos

De la primera Página

aristocrático rincón de South-Kensington y luego, con ayuda de baños y estimulantes, lograron reanimarlo.

Cuando volvió en sí una terrible impresión de espanto asomó a su rostro. Pidió un espejo y vió sus facciones alteradas, desfiguradas por la lucha.

—¿Qué? dijo ¿Qué me ha pasado?... ¿Qué me ha pasado anoche?... ¿dónde nos separamos?...

Se le explicó todo lo ocurrido hasta el momento de la separación en la puerta del Pop's.

A su turno los amigos lo interrogaron ansiosos sobre el camino que después él tomó.

Como quien recuerda una pesadilla fué poco a poco sacando de la memoria y narrándoles confusamente la historia su encuentro con una mujer junto a la verja de un parque, y luego las escenas que en la pieza de ella se produjeron.

—Qué raro, dijo Gamarra. Revisa tu billetera. ¿No te falta dinero?

—No, nada, contestó luego de contar cuidadosamente los billetes. Miren, dijo de pronto, pero si aquí en el bolsillo del gabán están las 5 libras que recuerdo haberle ofrecido a cambio de que me dejara salir. Esa mujer no ha tomado ni un penique.

Extendía los billetes arrugados sobre la mesa.

El Capitán Torres, que miraba con ojos muy abiertos los objetos que Propoulos cuidadosamente iba colocando sobre la mesa, exclamó de repente: Mira ese papel... ahí... esa tarjeta enlutada.

La tomó Propoulos y una atroz impresión de horror le demudó el semblante.

Lanzó la tarjeta sobre la mesa como si un reptil le mordiera la mano.

Y allí quedó el pequeño rectángulo enlutado que no decía más que esto:

Miss. Meduse of the Night.

Hell-Park.

London.

En vano, junto con la policía, los amigos recorrieron todas las casas vecinas al Sailor's-Park.

No se encontró en ninguna la pieza que el estudiante reconociera.

En cuanto a un "Hell-Park" o "Parque del Infierno" no lo había en todo Londres. Se les informó en la Oficina Municipal que hacía más de 100 años existió un loco, solitario poseedor de un Hell-Castle, que una noche fué misteriosamente devorado por las llamas, él y su propiedad. Aquel Castillo quedaba más o menos al final de la que es hoy Commercial Road.

Scotland Yard concluyó en que se trataba sólo de una alucinación de embriaguez y algunas bofetadas con algún marinero tan borracho como lo estaba esa noche el muchacho.

Pero Propoulos, mostrando la enlutada tarjeta a sus amigos preguntaba:

—¿Puede la alucinación de un borracho materializarse en una carta de visita como ésta?

Desde esa fecha, el estudiante griego Demetrio Propoulos dejó de proclamarse peripatético, y cada vez que había juega regresaba al hotel en auto, las puertas bien cerradas, apretado contra el cuerpo esbelto y tibio de su Doris de blondos cabellos y cutis de nieve.